

LA CUESTIÓN DEL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO
EN LA FILOSOFÍA DE BALMES

DR. ADOLFO MUÑOZ ALONSO
Catedrático de Historia de la Filosofía
de la Universidad de Madrid

EL HOMBRE NO ES SÓLO lo que las palabras le permiten expresar. Es siempre más. Por alta que sea la elevación que alcancen las flechas de sus voces, por hondo que cave con el estilete de su pluma, el hombre, él, presiente una más alta cumbre y arranca de un más profundo subsuelo. En el hombre la palabra verdadera, su hablar, es él mismo, como luz iluminante significativa y como reflejo caldeado. Sólo cuando el hombre comienza por escuchar, habla y se habla verdaderamente a sí mismo. Cuando el hombre habla sin antes escuchar, se-escucha, y escucharse es una manera engañosa de abatir el vuelo de las pocas palabras verdaderas que el hombre puede pronunciar. El espíritu humano —digámoslo con palabras de Balmes¹— no ha nacido para contemplarse a sí propio, para pensar que piensa.

El pensamiento del hombre no conseguirá nunca expresarse por entero en lo que dice. El pensamiento es siempre algo más profundo, elevado y luminoso que las palabras en las que se vierte. Quizás porque el pensamiento es en sí mismo —si es verdaderamente pensamiento— la auténtica palabra, y las palabras proferidas ráfagas anunciadoras; algo así como estrellas errantes y centrífugas de un cielo transparente. Si esta consideración es aceptada, se comprenderá con facilidad lo arduo que resulta profundizar en el pensamiento de un filósofo, utilizando como única guía las palabras por él escritas. El crítico que se contenta con someter las frases del filósofo a un estudio de contexto o de concordancia de sentidos, interpretando por paralelismos las frases, corre el riesgo de satisfacer su pretensión crítica, pero dejando al filósofo estudiado en orfandad de sí mismo.

¹ *Filos. Fund.*, libro I, cap. XXIII (O.C. Ed. Casanovas, XVI, pág. 227).

A Jaime Balmes le ha perjudicado la claridad expositiva. Al ejercer la gracia de la cortesía como virtud permanente para con los lectores, ha inducido a los poco avisados a resbalar por los capítulos de sus obras filosóficas como sobre el espejo del agua mansa y tibia, y no se ha ahondado en la honda transparencia en la que el pensamiento de Balmes sigue vivo, vivificante y actual. Esta actualidad es la que pretendo revelar, comprometiendo desde el principio mi intención con el título, de actualísima vigencia en filosofía, hoy, como lo sigue siendo en la vida espiritual desde que San Ignacio de Loyola la acuñó en sus *Ejercicios Espirituales*.

No dejan de ser curiosos los hechos siguientes: que Balmes titulase su obra filosófica más importante *Filosofía fundamental*; que la *Filosofía elemental* sea en su concepción, redacción y publicación posterior a la *Fundamental*; y que en un análisis pormenorizado de las cuestiones "fundamentales" y "elementales" de la filosofía, no sean los "fundamentos" o los "elementos" los que inquieten intelectualmente a Balmes, sino cabalmente los "principios" fundantes. Esta particularidad nos pone sobre aviso de que hemos de proceder con suma cautela al enfrentarnos con el tema, tanto si los hechos que citamos obedecieron a una intencionalidad mantenida por nuestro filósofo, como si suponen la expresividad connatural a su pensamiento y que, precisamente por la connaturalidad, no es revelada explícitamente.

Antes de seguir adelante convendrá un breve detenimiento en las palabras que empleamos, y en el sentido, alcance y significación que poseen en nuestro discurso. En este detenimiento una exigencia filosófica, y un procedimiento metodológico al que debemos someternos, para que discurra después el tema sin demasiados paréntesis aclaratorios.

DEPURACIÓN CONCEPTUAL DEL VOCABLO PRINCIPIO

El vocablo "Principio" resulta, por equívoco, polivalente. Ya Aristóteles distingue acepciones variadísimas en las que puede subsumirse, sin forzar su etimología ni su contenido histórico-cultural.² Acaso el fermento filosófico de la cultura occidental haya que señalarlo en la cuestión sobre el *Principio*, en singular o en plural. La razón gana en independencia y jerarquía cuando se decide a investigar no las cosas, sino el principio o los principios de las cosas, y obtiene —la razón— el principado metafísico cuando rompe con las

² *Metaf.* V. 1 y 2.

trabas de la mítica, de la literatura, de la tradición, para satisfacer su exigencia con una respuesta personal, que deseche, por lúdicas o ineficientes, las voces que no ostenten la originalidad de Principio o Principios, en sus sílabas o en su connotación racional. Es el problema de Tales de Mileto como símbolo del filosofar; y es, con mayor precisión histórica, el problema de Anaximandro, en quien se lee por primera vez el vocablo Principio. El audaz desasimiento sensorial, pudo valerle el hallazgo feliz del vocablo *ἀρχή* para su *ἄνοιον*. No es, claro está, que nos decidamos por una declaración del Principio o de los Principios, como elaboración exclusivamente filosófica. El propósito se salva, y tal vez con mayor exactitud, si se considera la cuestión del Principio y de los Principios como una primaria intuición ligada al alma misma de Grecia, en la que lo racional sólo encuentre satisfacción con el hallazgo del Principio o de los Principios.

TEOLOGÍA DEL VOCABLO PRINCIPIO

Las acepciones del vocablo Principio son tan diversas, en el uso cotidiano y en el cultural, que el pretender enumerarlas aquí resultaría impertinente. Con esta voz se enciende la claridad del mundo. **כְּרָאשִׁית**; *Ev ἀρχῆ*, in principio, en el principio, Dios crea el cielo y la tierra. No cabe significado más temporalmente original y genesiaco que el denunciado por la palabra Principio en el primer versículo del Pentateuco. En el propósito de Moisés, como coautor del Génesis, el Principio es una exigencia lexical de carácter puramente temporal, que adquiere recto sentido al referirse a la obra creada, pero sin que sea el Principio señalado el que la origine, fundamente o explique. Es más, el Principio respecto de un término es explicable en una relación en la que lo principiado participe del fundamento que se señale para establecerla; fundamento que —como es obvio— no cabe en el propósito bíblico. El "principio" del Génesis, no guarda relación alguna con el "principio" del Evangelio de San Juan.

San Juan en el primer versículo y en el segundo de su Evangelio, alimenta el vocablo "Principio" con luces de eternidad, en cuanto opuesto —con oposición de distinción— al de temporalidad del Génesis. En los dos primeros versículos de San Juan, el Verbo como Principio, no está sometido, en cuanto Principio, a causalidad ni eficiente ni final; al paso que lo creado en el principio, según el Génesis, no puede desprenderse de una relación trascendental con el ser que es sin Principio, y no es *en* el tiempo; aunque sea ya *con* el tiempo, mientras el tiempo sea.

Una alusión al Principio, como explicación intelectual de la no imposibi-

lidad del Misterio trinitario revelado, la creemos también conveniente, si quiera sea en breves líneas. Principio es el Padre y el Hijo. El Padre respecto del Hijo, y el Padre y el Hijo respecto del Espíritu Santo. No aduciríamos aquí el significado de Principio en las relaciones trinitarias si no fuera porque cabalmente la razón de Principio, en su depuración conceptual, es el que torna inteligible a los hombres el Misterio maravilloso de la vida y ser de Dios. El Principio no adquiere otro significado que el necesario al entendimiento para admitir en una esencia infinita la distinción de tres personas, que se constituyen por las relaciones subsistentes de Principio y Principado, sin que el Principio originador adopte las prerrogativas de causalidad eficiente, ni el engendrado o alentado descienda a la efectividad de producido o causado.

Todas las acepciones que de la voz Principio pueden emanar, quedan ya reducidas a un ordenamiento temporal o local respecto de lo principiado, con la eficacia que esta preeminencia otorgue, según el género o categoría ontológica de lo principiado, recorriendo toda la gama, desde la futilidad de lo que se considera principio opuesto a fin, hasta la trascendentalidad de lo principiado en atención a la gravedad de su Principio. Así —y por vía de ejemplo histórico— Principio era el nombre clásico con que se designaba en la Edad Media la primera lección pública que impartía un maestro, sin que el vocablo adquiriera entonces trascendencia doctrinal, sino tan sólo académica, aunque —como es lógico—, en ese Principio se adivinara por su contenido, estilo y resolución todo un sistema de ritmo y virtualidades distintas. Como curiosidad valga la anécdota referida a Santo Tomás de Aquino y a San Buenaventura, que en 1257 y en el mismo día y hora recibían del Canciller Heimerico la facultad de enseñar el “Principio”.

FILOSOFÍA DEL VOCABLO PRINCIPIO

Aristóteles acometió el estudio de lo que el Principio sea, en la *Metafísica*, declarando sus acepciones.³ Me importa señalar que ha sido Heidegger el que ha arrancado de esta citación aristotélica, para su estudio *De la esencia del fundamento (o de la razón)*. El principio supone siempre ser en alguna manera origen. Y estas maneras de ser origen, Aristóteles las reduce cómodamente a tres. El origen de donde se deriva el ser o la existencia, el *fieri* o nacimiento, el hallazgo o conocimiento. Es decir, lo primero de donde o existe, o nace, o se conoce. Fundamento o razón de ser, de existir, de ser-verdad, en traducción heideggeriana (*Was-sein, Dass-sein, Wahr-sein*). Dando por supuesta esta po-

³ *Metaf.* 1, 1013 a 17 sig.

sible división trifásica de la voz Principio, con la que no se logra ocultar también una posible raíz común genérica, los filósofos han tratado de definir el principio partiendo de lo principiado, después de haber sido éste declarado y establecido como sistema. En realidad la filosofía moderna ha elaborado un concepto de Principio en cuanto regla rectora suprema de los juicios, en dependencia kantiana. Que es justamente contra lo que nos previene Balmes, y el impulso que movió su deseo de publicar la *Filosofía fundamental*. Si no temiera que el juego abusivo de palabras desnivelara esta exposición del tema, me atrevería a decir que podríamos entender en ese sentido también, esta frase del prólogo: “Es preciso guardarnos de que los errores que se han extendido por moda, se arraiguen por principios”. Ya sé que no es éste el alcance de la expresión balmesiana, pero sí cabe que nosotros le otorguemos esta interpretación, dejándonos llevar del vocablo “principios” empleado por Balmes.

CARACTERES DEL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO EN BALMES

En la filosofía de Balmes la cuestión del principio y fundamento es la gran cuestión. Por ser la filosofía de Balmes, filosofía, la gran cuestión es la cuestión del *ser* conocido, no la del *conocimiento* del ser; es la cuestión del fundamento. Por eso el problema es ineludible e inesquivable, para el filósofo y para el que no lo es. La filosofía es todo menos imaginación, porque el principio y fundamento que busca el filósofo es el de la realidad, que permanecerá revelada u oculta, pero que no por oculta deja de ser.

El principio y fundamento de nuestros conocimientos ciertos no es, para Balmes, un conocimiento primero cierto, del que se deriven los demás. Me interesa dejar bien clara esta afirmación. La filosofía de Balmes rechaza la posibilidad de que un conocimiento cierto, el que sea, tenga fuerza de emanación vivificante de los demás conocimientos. Lo cual no quiere decir que los seres no reclamen ontológicamente una fundamentación real, como principio supremo incausado de existencia. Ahora bien, ese fundamento absoluto no será, en Balmes, el principio y fundamento de nuestros conocimientos. Y este es un primer punto que le separa no sólo de cualquier ontologismo declarado, sino también de Descartes. En rigor, Balmes busca el principio y fundamento como principio fundamental, sin que sean ya separables los dos conceptos. La inmersión de Balmes en la filosofía del ser es clara, sin que la enturbien las superficiales consideraciones sobre el escolasticismo (o no escolasticismo) del pensamiento de nuestro filósofo. Balmes no pretende encontrar un principio de irradiación, sino un fundamento focal iluminante; no aspira a descubrir la semilla fructificante, sino el cimiento básico.

Este cimiento básico, principio y fundamento en la filosofía de Balmes, no es otro que el hombre en cuanto hombre. Al expresarlo así, demasiado me percató de que no se encuentra en Balmes la expresión; y, con todo, es esta expresión la que, a mi entender, puede tornar inteligible hoy, de una manera clara y fiel, el pensamiento de Balmes.⁴

EL SENTIDO COMÚN COMO PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Lo que acontece es que Balmes el hombre, la persona humana, no agota sus posibilidades en el principio y fundamento fundante de la filosofía. Cuando se ve obligado a señalar este principio y fundamento fundante, descubre lo que llamará sentido común. Expresión riquísima de contenido, y que tan torpemente suele ser interpretada por quienes, idealistas o no, pagan tributo a Hegel, a cambio de considerar la filosofía como una concepción del mundo contraria o contradictoria del sentido común.

Si bien se entiende, toda la filosofía —incluso la de Hegel— es una pretensión por encontrar, en lo que Balmes llamara el sentido común, el criterio, principio y fundamento de las ideas, de la verdad, de la certeza y de la realidad. Porque Balmes otorga a la palabra *sentido* su valor de elementalidad primaria incondicionada. Difícilmente se puede expresar mejor que como el mismo Balmes lo dice. "*Sentido*: esta palabra excluye la reflexión, excluye todo raciocinio, toda combinación, nada de esto tiene cabida en el significado de la palabra *sentir*. Cuando sentimos, el espíritu más bien se halla pasivo que activo; nada pone de sí propio: no da, recibe; no ejerce una acción, la sufre. Este análisis nos conduce a un resultado importante: el separar del sentido común todo aquello en que el espíritu ejerce su actividad, y el fijar uno de los caracteres de este criterio, cual es el que, con respecto a él, no hace más el entendimiento que someterse a una ley que siente, a una necesidad instintiva que no puede declinar".⁵ Demos de mano el acierto o la impericia del vocablo para designar con él lo que Balmes intenta. Lo cierto es que la palabra deja al descubierto los rasgos y peculiaridades de que goza un principio y fundamento. No es una necesidad necesitante, para decirlo en términos bárbaros, sino una necesidad exigida por el hombre en el ámbito del ser, de su ser-en-el-mundo, de su existencia espiritual. El vocablo "sentido",

⁴ De todas formas, serán muchos los autores que lean en Balmes frases que autoricen y hasta exijan nuestra afirmación. La primera de las *Cartas a un escéptico* es explícita y significativa en este sentido.

⁵ *Filos. Fund.*, libro I, cap. XXIII (Ed. Casanovas, XVI, pág. 315).

tal como Balmes lo usa en esta cuestión, obtiene una significación opuesta a la que se le atribuye cuando se le considera como término de la operación de los órganos sensoriales. Señala la condición natural o esencial de la actividad intelectual, el reconocimiento del deseo natural de saber del hombre, como disparo de la naturaleza espiritual, y no como fructificación histórica de un nivel cultural. El principio y fundamento de la filosofía es lo humano del hombre, y no algo en el hombre, ni siquiera particular del hombre. Es un principio de connaturalidad, no apriórico ni aposteriórico. Y por serlo así, es fundamentalmente irremplazable.

Lo mismo acontece con el adjetivo *común*. El principio y fundamento, al estar en la órbita del ser, es universalmente necesario y objetivo. Quedan superadas las diferencias individuales para quedar objetivado como criterio universal, principio y fundamento. Parece ser que Balmes se percató con claridad de las dificultades del léxico, y se revuelve contra las objeciones previsibles por la expresión adoptada. "Poco importa el nombre si se conviene en el hecho; sentido común, sea o no la expresión más adecuada para significarle, es cuestión de lenguaje, no de filosofía. Lo que debemos hacer es examinar si en efecto existe esta inclinación de que hablamos, bajo qué formas se presenta, a qué casos se aplica y hasta qué punto y en qué grado puede ser considerada como criterio de verdad".⁶ Y líneas más adelante, como si temiera que en la expresión se van a enredar los críticos, insiste reiterativo: "Por mi parte no disputaré de palabras, consigno el hecho, y no necesito nada más en el terreno de la filosofía... Como quiera, repito que el nombre nada importa". Estos temores de Balmes de ser mal entendido por culpa de la expresión, son los que nos delatan hasta qué punto él calaba hondo en el principio y fundamento.⁷

EL SENTIDO COMÚN Y EL HOMBRE

Ahora bien, esta ley fundamental del espíritu humano es, en Balmes, el hombre como vida espiritual, como sentimiento psicossomático, si cupiera la expresión, como realidad ontopsicológica, "como inclinación natural de nues-

⁶ *Filos. Fund.*, libro I, cap. XXII (O. C. Ed. Casanovas, XVI, pág. 316).

⁷ El tema ha sido tratado desde otros ángulos, y a veces con autoridad y acierto. Como fuerza estabilizadora de la filosofía balmesiana, lo estudió Miguel Florí, S. J. (en *Pensamiento*, núm. extraordinario, 1947, pp. 39-72). El estudio de Marcial Solana, que sigue al del P. Florí, y los de Fidel García y Camilo Riera que le preceden, están escritos con análoga preocupación. El tema fue predilecto en las conferencias pronunciadas con ocasión del centenario de *El Criterio*; por la índole de

tro espíritu", dice a la letra Balmes. Nos encontramos, pues, con que el hombre asiente a la verdad, encuentra el criterio de certeza en una inclinación natural de nuestro espíritu. Que este criterio de la certeza sea el principio y fundamento aparece ostensible en la flexibilidad del lenguaje de Balmes, que usa indistintamente en los capítulos del libro I de la *Filosofía Fundamental* las expresiones de primer principio, principio fundamental, principio de la evidencia, en sinonimia con el criterio de certeza.

El principio y fundamento fundan el conocimiento como testimonio de la verdad y criterio de certeza. El conocimiento fundado es un conocimiento originado *en* el sentido común, no *por* el sentido común. Fundamento *en* la inclinación natural del espíritu, no *por* la actividad reflexiva, sensorial, estimativa o volitiva del mismo. Surge el hombre en su radicalidad espiritual como verdad verificada en su inexorable potencia, en su radicalidad radicada, en la evidencia inmediata de sí mismo como inclinación de asentimiento. Es la inquietud, la relatividad inmanente, la abaliedad, la finitud que se trasciende por exigencias de la realidad que es y se impone por sí misma.

EL SENTIDO COMÚN Y EL DESEO NATURAL DE SABER

Cualquier tentación psicologista de entender el principio y fundamento queda radicalmente superada por Balmes desde el primer momento. Nuestro filósofo percibe como sentimiento fundamental la inclinación de asentimiento a "verdades", prescindiendo de las verdades a las que la inclinación nos conduce, y negando que sea la inclinación la que haga surgir esas verdades. Balmes se queda a solas con el sentido común como inclinación natural de nuestro espíritu, para descubrir en él, por profundidades, el principio y fundamento. Ahora bien, lo diga o no Balmes, una cosa es evidente en su filosofía: la inclinación natural de nuestro espíritu como principio y fundamento de la verdad en filosofía es primera, primordial y suprema verdad de la filosofía. La filosofía se funda en una irresistible y universal inclinación del espíritu a asentir a la verdad, a una verdad, o a unas verdades con las que la inclinación del espíritu del hombre satisfaga su exigencia sin materializarse, defraudarse, engañarse o anularse. La verdad a la que el hombre asiente ha de revalidar la inclinación natural que el hombre siente por su búsqueda,

coincidencia argumental merece citación explícita la de Ramón Roquer. Nosotros hemos ensayado una interpretación actualizante, dando lo escrito por otros por sabido, no por relegado.

hasta tal punto que una verdad que invalide esa inclinación, o la depaupere, no será una verdad, sino una apariencia de verdad, o una verdad alucinante o alucinada. Desde luego no será una verdad primaria fundamental.

LA VERDAD FUNDAMENTAL FUNDANTE

Balmes no se ha contentado con exponer su doctrina encerrándose en el silencio claustral de sus meditaciones especulativas, en soliloquio intelectual, sino que ha llegado a esta conclusión después de un recorrido histórico. Cuando en el análisis de este discurso Balmes insiste en matenerse fiel a la espontaneidad del género humano, no lo hace por un descrédito hacia la historia de la filosofía, como si la filosofía labrara con la historia su mausoleo, sino como testimonio de que el filosofar supone una perfectibilidad variable, ardua, y desnivelada a veces, del ejercicio natural e instintivo del espíritu humano. No infravalora Balmes la investigación técnica de la filosofía, sino que la humaniza enraizándola en la naturaleza humana. Con otras palabras: la filosofía es resolver en evidencias intelectuales personales, las verdades innegables en las que se está, por el mero hecho de existir humanamente. Si esas verdades en que se está, no son las innegables del existir humano, sino acumulaciones históricas, o subsunciones culturales, o precipitaciones vulgares, entonces la filosofía cumple su misión retrocediendo el análisis a la verdad primaria. Es decir, desvolviendo la flecha al arco desde el que se disparó. Concretamente a la inclinación humana natural de saber, como verdad fundamental fundante. Por eso el escepticismo como toma de posición relativa, referida a esas acumulaciones históricas, subsunciones culturales o precipitaciones vulgares, es virtud filosófica. Pero el escepticismo como negación o duda del sentido común en cuanto inclinación y ley del espíritu humano, no es sólo la negación o duda de la verdad, es también la negación de la filosofía misma como posibilidad. Balmes con su doctrina del sentido común, rectamente entendida como principio y fundamento, se presenta en la historia de la filosofía como el filósofo "sensato" por antonomasia, como el "Doctor Humanus", que quería Pla y Deniel, como el cimentador de la filosofía "perenne" sobre un principio humano perdurable, mientras el hombre sea considerado ser espiritual con capacidad viva vital de verdades. Balmes —parecerá curioso pero así es— merece de la escolástica el más encendido elogio, ya que en él cobra sentido filosófico que Santo Tomás de Aquino pueda ser llamado en verdad "Doctor Communis".

Es preciso observar, llegados a este punto, que Balmes se ha decidido por su tesis, ante los fallos que advierte en los principios fundamentales enseñados por otros filósofos. En primer término, entiende que el principio y fundamento ha sido el gran problema de los filósofos, obedeciendo el planteamiento de la cuestión a una exigencia de la realidad que implacablemente la presenta, y a una instancia inexcusable que reclama el entendimiento. El principio y fundamento en el orden de los seres, y en el orden intelectual universal, se identifican en cuanto a la inexorabilidad de su instancia; y quizás —pero esta afirmación ya no es balmesiana, la anterior sí⁸— también en un orden supremo de inteligibilidad. Siempre que algún filósofo respeta o adivina lo que Balmes llamará el sentido común como principio supremo, merece comprensión y aquiescencia en la apreciación de nuestro autor: siempre que algún filósofo, por loado que sea en cuestiones determinadas, desecha ese criterio, Balmes se entretiene con fruición en disolver sus argumentaciones. Así se comprende cómo dedica páginas de crítica justa e inmisericorde a Fichte, a Schelling, o a Leibniz, y reconoce puntos luminosos —son sus palabras⁹— en Kant, y motivos de acuerdo en Descartes. Puntos luminosos en Kant, porque el filósofo alemán se fija en el sujeto, sin destruir la objetividad en el mundo interior, es decir, la objetividad exigida por el mundo interior; acuerdo en Descartes, interpretando su principio fundamental no como raciocinio o entimema, sino como *sentimiento de mi pensamiento que me hace sabedor de mi existencia*.¹⁰

Es la no distinción entre el espíritu y el pensamiento, el pensamiento como esencia del alma y la esencia del alma como idéntica a su existencia, lo que atraía a Balmes. Es este encuentro del hombre consigo mismo en la raíz espiritual de sí mismo que es el pensamiento, lo certero que Balmes cree descubrir en los trabajos ideológicos impugnables de otros filósofos.

EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO Y LOS PRINCIPIOS Y AXIOMAS

Abrazado por Balmes el principio y fundamento, se sirve de él para descubrir la subordinación que le deben otros principios que son considerados como primarios. Ya sé que esta afirmación mía supone una reversión en el orden

⁸ *Fil. Fund.*, libro I, cap. IV; (O. C. Ed. Casanovas, XVI, p. 45).

⁹ *Fil. Fund.*, libro I, cap. VII; (O. C. Ed. Casanovas, XVI, p. 70).

¹⁰ *Fil. Fund.*, libro I, cap. XVII; (O. C. Ed. Casanovas, XVI, p. 167).

metodológico seguido por Balmes, pues recorre nueve capítulos de la *Filosofía Fundamental* hasta llegar al principio conclusivo del sentido común, pero no parece aventurado señalar que es el sentido común como principio y fundamento el que le orienta y presta armas para invalidar los otros. Si se otorga a otros principios el carácter de supremos y fundamentales es porque se fundan en la evidencia, y por ser evidentes son verdaderos. Ahora bien, Balmes no encuentra en la evidencia un criterio supremo de la verdad objetiva de lo evidente, sino en el irresistible instinto de la naturaleza de considerarlo como tal: instinto que es previo a la reflexión. En la imposibilidad de pensar qué se originaría de no admitirse el principio: imposibilidad imposible en el hombre. En la satisfacción intelectual del hombre al admitirlo: satisfacción connatural y coesencial al espíritu humano.

Cualquier principio fundamental que no sea el instinto intelectual nos revela lo que hay, o que algo se da, pero sólo el instinto intelectual es, o se da siendo. Este instinto intelectual es un hecho condicionante, queramos o no, nos percatemos de ello o no, fundante de cualquier actividad, incluso de la actividad misma de la conciencia intelectual. Este instinto intelectual es una ley que obliga con irresistible impulso, pero no, por irresistible y necesario, despreciable en el orden moral. Tiene de instinto lo que tiene de espiritual e intelectual. La necesidad, universalidad y objetividad del sentido común le convierte en infalible. La explicación de esta infalibilidad queda descubierta si se advierte que no se amplía su contenido más allá de lo que permite y exige la consignación del hecho.

EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO Y LAS VERDADES

El sentido común, como principio y fundamento de la verdad y de la filosofía, levanta un problema acuciante y gravísimo de incalculables consecuencias. Primero, parece que habrá que afirmar que las realidades que en él se funden no ostentan otra autenticidad que la que el espíritu humano les consienta. Segundo, que el espíritu humano es la suprema realidad entre todas las realidades auténticas o presuntas. Convendrá, sin embargo, proceder con cautela. No es que no quepa afirmar la existencia de realidades más altas que la del espíritu humano. Al contrario. La peculiaridad condicionante del espíritu humano depone en contra de su incondicionalidad, y delata la imposibilidad de ser concebido como espíritu absoluto. El sentido común denuncia la perfectibilidad de la naturaleza humana como una virtud intrínseca esencial. Lo que sí parece seguro es que incluso esa realidad absoluta es cognoscible intelectualmente —y me atrevería a decir que también

moralmente— en el grado en que queda descrita e inscrita en la órbita del sentido común. Si se separa de esa órbita, el hombre no obtiene de ella un conocimiento humanamente fundado. Como también parece seguro que las demás realidades son intelectualmente conocidas, en el grado en que reciben la radioactividad del espíritu humano. Partiendo desde el núcleo del instinto natural.

Al aceptar el sentido común como principio y fundamento de veracidad, el conocimiento filosófico no es que luego agrande, o ensanche, ese campo de verdades, sino que transporta a un plano de inteligibilidad superior las verdades que se presentan como innegables e impone las rectificaciones que la reflexión convence. Esta transposición y rectificaciones no prueban que el instinto intelectual sea pobre o falaz, sino que muestran los límites de su vigencia y efectividad, reducidos a los de puro testimonio vital y existencial irrecusable; manifiestan el carácter de fundamento, cimiento y base indispensable, no necesariamente el de semilla. Es principio, no causa; es fundamento condicionante, no elemento concurrente; es un impulso natural irresistible y obvio, no un camino tendido y prolongable. Estas peculiaridades acercan y distinguen, a la par, al filósofo de Vich de otro pensador también sorprendente, Antonio Rosmini, que por las mismas fechas manejaba un hacha de luz con análogas preocupaciones filosóficas y sociales, europeas y cristianas.¹¹

SENTIDO COMÚN Y CONSENTIMIENTO UNIVERSAL

La distinción y diversidad radical que Balmes establece entre el *sentido* común y el *consentimiento* común, nos ofrecen un testimonio elocuente de la carga intelectual que deposita en su principio y fundamento. Señalar el consentimiento general —en latín, con tentadora confusión, *sensus communis*— como principio y fundamento de la verdad, es abrir una sima, en la que la verdad queda no cimentada, sino sepultada.¹² Precisamente el consentimiento común —si quiere aspirar a servir de criterio filosófico— supone el sentimiento individual, el testimonio de la conciencia personal, condicionante

¹¹ Véase MUÑOZ ALONSO: *Antonio Rosmini, filósofo europeo*, en *Orbis Catholicus*, III, 6, junio, 1960, pp. 481-494. Sería interesante un estudio comparativo del "sentido común" de Balmes y la "Fórmula" de Luis Vives, como "razón superior", como anticipación informativa auténticamente humana. Quizás nos trajera la sorpresa de una constante en la Filosofía española, mantenida y prolongada por los filósofos catalanes, y desdeñada por la que se ha dado en llamar infundadamente "Escuela de Madrid".

¹² *Fil. Fund.*, libro I, cap. XXXIII; (O. C. Ed. Casanovas, XVI, p. 329).

de cualquier otro criterio. El consentimiento común sólo tiene valor en la medida en que se admita, como único primario, el sentido común; ya que es el sentido común el que se identifica con el testimonio de la conciencia y con el de los sentidos, sin que por ello se otorgue a las particularidades "testimoniadas" valor prejudicial. Balmes, en unas frases con tono de aforismo, ha expresado lúcidamente su pensamiento y el alcance de su toma de posición. La garantía del acierto de cada uno no está —como creyó inexplicablemente Lamennais— en el consentimiento de la totalidad; sino que la razón de que convienen todos es que cada uno se siente obligado a convenir.¹³

SENTIDO COMÚN Y FILOSOFÍA

El sentido común humano es equivalente a naturaleza espiritual en acción, si es que la voz misma "naturaleza", en el sentido de rigurosa indeterminación determinable en que aquí la usamos,¹⁴ no comporta ya una tensión intrínseca y originaria operativa. La certeza es una calidad aneja a la vida como realidad radicante, como expresión natural de la persona y por ello el principio y fundamento de la verdad para los hombres ha de ser una peculiaridad de la naturaleza humana personal, previa a cualquier enunciación concreta. El sentido común es la evidencia natural y la conciencia inmediata de nuestra realidad espiritual, con las servidumbres de su individuación en la materia. La reflexión sobre el sentido común no prueba, sino que comprueba; no demuestra, sino que muestra; revalida su razón de principio y fundamento. La razón es, al fin y a la postre, una manifestación extensiva del instinto intelectual, del hábito intelectual no aprendido. Podríamos decir que en el mundo de la razón nos conocemos unos y otros, en el del sueño nos desconocemos unos de otros, y en el del sentido común nos reconocemos todos.

Este reconocimiento, en virtud del sentido común como principio y fundamento, afecta a la filosofía en la raíz misma de su concepción. Es el surco donde florecen las verdades primeras, donde cobran seguridad los primeros principios y los axiomas supremos. Si el sentido común como instinto intelectual, como trascendental del espíritu, es el criterio ineludible y cimentador, la filosofía es un patrimonio común del que sólo usan algunos

¹³ *Fil. Fund.*, libro I, cap. XXXIII (O. C. Casanovas, XVI, p. 331).

¹⁴ Este sentido primario de la palabra "naturaleza" ha sido puesto de manifiesto por Heidegger: *Von Wesen und Begriff der Aristoteles Physik B. 1* (Ed. "Il Pensiero", Milán, 1960; de un manuscrito de Heidegger).

hombres, y del que abusan otros al pretender que el filosofar comience adensando tinieblas, como si hubiera de proseguirse sólo cuando se incineran las verdades elementales, sin las que el hombre no es ya una verdad, sino, si acaso, una genialidad absurda. El sentido común no es una resolución de superficialidad, sino el primer documento humano de autenticidad. Hasta tal punto resulta cierta esta apreciación que, partiendo de él, como del principio y fundamento, la razón pueda alcanzar cimas que parecían inaccesibles, y descender a profundidades insospechadas, recorriendo unos itinerarios que sólo muy pocos son capaces de escalar, por muy a mano que tengan la antorcha con la que hayan de alumbrarse, bien porque las sombras que esa luz proyecta, o el tener que mantenerla siempre en alto, descansa, fatiga, o aburre, bien porque entorpece otro género de actividad.

Cuando Balmes nos dice que no quiere estar reñido con la naturaleza, y que si no puede ser filósofo, sin dejar de ser hombre, renuncia a la filosofía y se queda con la humanidad,¹⁵ está avisándonos, en suave ironía paradójica, que al decidirse por esta toma de posición está siendo fiel a la vocación filosófica, renunciando, eso sí, al filosofismo como profesión de oscuridades.

“TAMBIÉN AQUÍ HAY DIOSSES”

A quienes este principio y fundamento de Balmes les siga pareciendo pre-filosófico, cuando no a-filosófico, quizás pueda valerles la respuesta dada por Heráclito a aquellos visitantes, sorprendidos y desilusionados de encontrarle calentándose en un horno de pan: “También aquí hay dioses”. También aquí, y precisamente porque los hay aquí, cabe encontrarlos en otros raciocinios y discursos.¹⁶ Con la notable diferencia de que Balmes, al pie del horno, está ocupado en hornear el pan de la verdad.

¹⁵ *Fil. Fund.*, libro I, cap. XXXIV (O. C. Ed. Casanovas, XVI, p. 347).

¹⁶ La historia la cuenta Aristóteles y la comenta muy agudamente Heidegger en su *Carta sobre el Humanismo*. No nos resistimos a transcribirla: “De Heráclito se cuentan unas palabras que habría dicho a unos extranjeros deseosos de ser recibidos por él. Al acercarse lo vieron calentándose cerca de un horno. Se detuvieron sorprendidos, y esto sobre todo porque él les infundió valor —a ellos, los indecisos— haciéndoles entrar con estas palabras: ‘También aquí hay dioses’”.

El relato habla por sí mismo; pero, no obstante, hay algunos aspectos que destacar.

La multitud de visitantes extranjeros —en su impertinente curiosidad por el pensador— está desilusionada y desconcertada al ver, en el primer momento, lo que éste está haciendo. Cree deber encontrar al pensador en condiciones que, contra la usual manera de vivir de los hombres, lleven todos los rasgos de lo excepcional, de lo raro, y, por consiguiente, de lo sensacional. La multitud espera encontrar, duran-

te su visita al pensador, cosas que —por lo menos durante algún tiempo— den materia para una entretenida charla. Los extranjeros que quieren visitar al pensador esperan verlo quizás en el preciso momento en que —hundido en profunda meditación— piensa. Los visitantes quieren “vivir” esto, no para ser tocados por el pensar, sino sólo para poder decir que han visto y oído a alguien del cual, a su vez, sólo se dice que es un pensador.

En vez de esto encuentran los curiosos a Heráclito cerca de un horno de pan. Este es un lugar cotidiano e insignificante. Es cierto que ahí se cuece el pan; pero Heráclito, al pie del horno, ni siquiera está ocupado en hornear el pan. Está allí únicamente para calentarse. Y así muestra en ese lugar tan trivial toda la estrechez de su vida. La visión de un pensador con frío es poco interesante. Los curiosos, con esta desilusionante visión, pierden de inmediato las ganas de acercarse más. ¿Qué van a ver allí? Este acontecimiento cotidiano y sin gracia —el que alguien sienta frío y se mantenga cerca de un horno— puede encontrarlo cualquiera y a cualquiera hora en su propia casa. ¿Para qué entonces ir a buscar a un pensador? Los visitantes se disponen a partir. Heráclito percibe la desilusionada curiosidad en sus caras. Reconoce que en la multitud basta la ausencia de una sensación esperada para determinar inmediatamente a los recién llegados a volverse. Por eso los anima. Los invita especialmente a entrar con las palabras “También aquí hay dioses”.

Estas palabras colocan la “estancia” del pensador y su actuar a otra luz. Si los visitantes entendieron estas palabras inmediatamente —o aun si llegaron a entenderlas— y vieron entonces todo distinto a esta otra luz, eso no lo dice el relato. Pero el que esta historia haya sido contada y transmitida hasta nosotros —gente de hoy— estriba en que lo que relata proviene de la atmósfera de este pensador y lo caracteriza “también aquí” al pie del horno, en este lugar vulgar, donde todo objeto y toda circunstancia, todo actuar y pensar, son conocidos y usuales, esto es: seguro (tranquilo - íntimo sin peligro - normal), también aquí, en el ámbito de lo seguro. (*Doctrina de la verdad según Platón y Carta sobre el Humanismo*. Universidad de Chile, S. F., pp. 219-221; la versión es de Wagner de Reyna).